

# Actualidad teatral

## PALABRAS DE EGON WOLFF EN EL VII FESTIVAL DE TEATRO DEL INSTITUTO CHILENO NORTEAMERICANO DE CULTURA

Cuando mi amigo René Lara me llamó hace algún tiempo, para comunicarme que el comité del Instituto Chileno Norteamericano de Cultura encargado de estas cosas había decidido dedicarme, por esta vez, el Festival de Teatro que anualmente se realiza en esta sala, me asaltaron de inmediato una serie de sentimientos, todos gratos por cierto.

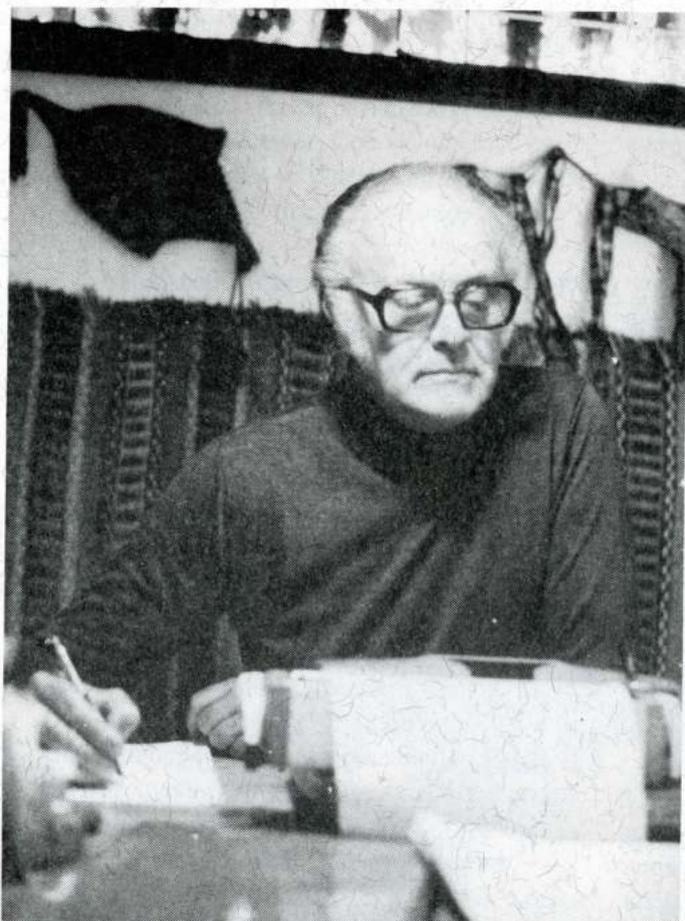
Estaba, por una parte, la sensación de labor cumplida, que siempre estimula a estas alturas de la vida en que los vientos comienzan a convertirse en brisas y mis ojos buscan cada día más la tibieza del sol y, por otra, la emoción de estar frente a una comunidad de amigos que deseaba expresarme, así, su afecto y su reconocimiento por esa tarea realizada.

Pero se me coló también un sentimiento, de índole no tan tranquilizadora, que me parece inevitable en estos casos, cuando un hecho así obliga a revisar lo realizado, y que es el de sentirse cómplice de una suerte de usurpación de un nombre. ¿Y por qué digo esto? Porque el nombre propio, mirado en la perspectiva de esa labor cumplida durante tantos años, pierde relieve para uno, de tal suerte que nombre y obra terminan por entremezclarse en un todo barroso, que le hace a uno difícil rescatar su propia identidad.

Porque, ese nombre a quien dedican este festival, ¿quién es en realidad? ¿Y cuánto hay de él en sus obras? Uno se pregunta: ¿es ese ser, en

verdad, uno mismo? Porque a estas alturas, es inevitable mirar atrás y ver la propia obra escrita en la niebla. Como hitos alzados en el camino, las obras de uno comienzan a desfilar ante la vista, en una penumbra neblinosa que disuelve los contornos y van pasando hacia atrás, hacia la zona donde acecha el olvido, **Mansión de lechuzas, Invasores, El signo de Caín, Kindergarten...** Títulos que a uno le cuesta atribuirse. ¿Cuánto hay de uno mismo en ese amasijo de emociones, sentimientos e ideas que alguna vez resplandecieron? y ¿qué representan hoy cada una de ellos? ¿Qué es uno mismo, entonces? ¿Es ese sentimiento o es sólo su emisión? Las obras que uno deja, son de uno concientemente o sólo son parte de un alma irrestricta dentro de uno mismo, que algún día, bajo el gobierno de un impulso incontrollable, pugnaron por salir en forma de una creación ajena y, sin embargo, tan propia? ¿Qué es lo que separa obra y ser?

En fin, son las preguntas que me hice en el mismo momento de recibir la información de que este festival me sería dedicado. Y llegué a la conclusión de que la vida tiene eso de sabia: no permite pensar en perspectiva. Uno, simplemente, trabaja y cada creación se va acumulando sobre la anterior, ebria, irracionalmente, ya que las contingencias de la lucha diaria se hacen cargo de uno y no lo dejan pensar en la conciencia del tiempo transcurrido y su inevitable conclusión final: el



balance que uno debe hacer de lo realizado.

Hoy, ustedes me obligan a diferenciar obra y persona y lo hago con la perpleja emoción de tener en ustedes a un grupo de amigos que quieren llegar a mí.

Créanme, no lo duden: hoy me siento, aquí, en casa. Cuando veo todos esos rostros amigos que me rodean, rostros jóvenes que quieren leer en mí su propio futuro, y que al rodearme le confieren una extraña presencia a mi nombre, para mí mismo, siento que tengo un fruto en mis manos que puedo ofrecer y que ustedes recogen y eso me

llena de alegría. Porque eso es lo que importa en última instancia: cumplir con la tarea que nos ha sido encomendada en el acto mismo de nacer. Porque nadie nace en balde, pienso. El nacimiento mismo implica una tarea que se debe ofrecer a los demás. Sin eso, la vida sólo me parece un vacío tedioso, que se autoconsume en la nada.

Hay mucho que se puede especular en torno a estas cosas, pero hoy debo concluir y no quiero terminar este par de palabras sin dirigirme a los jóvenes aquí presentes, muchos de ellos, mis queridos alumnos de la Universidad.

Escriban con cuidado, amigos. No escriban sólo por escribir. No actúen sólo por actuar. En este tiempo escéptico y de fácil conocimiento no digerido de las cosas, no dejen que los abruma la sensación del *sin sentido*. No den por sabido todo, porque les aseguro que no lo saben. Que el mundo los siga afectando con sus injusticias y desigualdades y no se acomoden a una fácil negación. Den testimonio vibrante de los hechos y pretendan, con ello, mejorar la vida. No constaten sólo los

hechos, sino propongan cambios, porque sólo así puede vivir el espíritu, y sólo así tiene sentido la aventura de vivir. Y sobre todo, no ahoguen su pasión. Cultiven una pasión inextinguible por el bien, aunque en este mundo cínico eso parezca, a veces, extemporáneo. Vivan, sientan y apiádense, que la vida los necesita. No olviden eso, nunca.

Gracias por estar aquí conmigo. Gracias por haberme recordado. Gracias por los años de sol que aún me quedan después de haberme regalado esto.

Gracias.